

**EILHART VON OBERG
GOTTFRIED VON STRASSBURG**

TRISTÁN E ISOLDA

Edición de
Victor Millet

Traducciones del alemán de
Victor Millet y Bernd Dietz

 Siruela

Tiempo de Clásicos

Índice

Introducción	
Victor Millet	9
Tristán e Isolda	
Eilhart von Oberg	19
Tristán e Isolda	
Gottfried von Strassburg	167
Notas	471
Bibliografía	491

Introducción

Victor Millet

En la segunda mitad del siglo XII aparece en el occidente medieval el relato sobre los amores entre el joven Tristán y la bella Isolda, esposa del rey Marc, su tío. Sin duda alguna, la historia ofrecía los mejores elementos para desarrollar a nivel narrativo todas las inquietudes que la temática amorosa generaba en el público literario no latino en aquellas décadas y las siguientes. De ahí que fuera tratada, hasta principios del siglo XIII, nada menos que en cuatro poemas extensos en verso, dos franceses y dos alemanes. De las versiones en lengua romance, la primera fue compuesta hacia 1160-1170 por un autor anglonormando conocido como Thomas d'Angleterre, y la segunda por un poeta que dice llamarse Béroul y que probablemente escribió a finales del siglo XII. Las obras en lengua alemana se deben, de un lado, al sajón Eilhart von Oberg, quien terminó después de 1185, y del otro, a Gottfried von Strassburg, brillante clérigo alsaciano que compuso en torno a 1210. Estas últimas son las que se recogen en el presente volumen.

La destacable riqueza literaria que significa la existencia de estos cuatro grandes poemas escritos en menos de medio siglo tiene el inconveniente, sin embargo, de que se nos presenta ensombrecida por la irreparable destrucción parcial o total de los testimonios. En efecto, la versión de Thomas solo se conoce a través de algunos fragmentos de cierta extensión proceden-

tes del final de la historia y de un episodio hacia la mitad (además de una muy sintética prosificación islandesa de la primera mitad del siglo XIII), mientras que de la obra de Béroul únicamente se conserva un largo pasaje de la parte central. Por otro lado, el monumental poema de Gottfried von Strassburg permanece incompleto porque la composición fue interrumpida después de casi veinte mil versos, pero a falta de una cuarta o quinta parte de la acción. Asimismo, la versión de Eilhart solo se ha conservado en unos pocos fragmentos de códices de hacia 1200, mucho más breves que los de los textos franceses, aunque conocemos el poema completo gracias a dos manuscritos del siglo XV. Afortunadamente, dado que las lagunas se reparten de forma tan desigual, este desolador panorama no nos ha impedido conocer a grandes trazos la historia en su conjunto, aunque sí ha dificultado la comprensión del proceso de génesis de esta materia narrativa y —sobre todo— del vivo interés histórico y estético que suscitó.

En su conjunto, el relato de Tristán e Isolda tiene una estructura singular y propia que determina en buena medida el significado, si bien la mayoría de los temas y motivos de los que se compone la leyenda tiene antecedentes en otras tradiciones narrativas, lo que refleja de manera ejemplar los vastos conocimientos literarios que estaban a disposición del público medieval. Siguiendo el esquema común deducible de las distintas versiones, Tristán llega a la corte del rey Marc de Cornualles para servirle, y destaca allí por sus cualidades, que demuestra sobre todo en el combate contra el invencible Moroldo, a quien mata, liberando así el reino de Marc de su amenaza. Se trata, sin duda, de la primera parte de un relato de conquista amorosa de corte tradicional y heroico: en las historias épicas de este tipo, el héroe desconocido que viene de otra tierra posee cualidades excepcionales y se convierte en salvador de la comunidad, recibe como premio a la mujer (hija o hermana del rey) y funda una nueva dinastía¹. Pero en

¹Véanse el clásico estudio de Theodor Frings y Max Braun, *Brautwerbung*, Leipzig 1947 (Berichte über die Verhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften, Philologisch-historische Klasse 96/2); así como la obra

la corte de Cornualles no hay mujer que entregar, porque ya se la llevó el padre de Tristán por el mismo procedimiento y porque, en consecuencia, el héroe es sobrino materno del rey y puede ser sucesor al trono; el propio Marc lo designa como tal. Sin embargo, esa sucesión se interrumpe debido a que el joven debe curar primero una herida envenenada que le ha producido Moroldo. Puesto que no halla un médico que sepa sanarle, se embarca y llega de incógnito a Irlanda, donde Isolda, la sobrina del adversario derrotado e hija del rey, la mujer más hermosa y sabia, le salva la vida, desconocedora de su verdadera identidad. Este motivo parece proceder de un tipo de relatos irlandeses antiguos (los *imrama*) sobre el viaje de un héroe a ultramar, donde encuentra a una dama de otro mundo². Tristán, sin embargo, no tiene ningún interés por esa doncella que no sea el estrictamente médico, y una vez sanado regresa a la corte de Marc para —ahora sí— instalarse en ella como heredero. Pero los cortesanos inician una intriga política y presionan al monarca para que tome esposa, confiando en que así el sucesor sea otro. Marc, que no tiene ningún deseo de casarse, escoge justamente a aquella mujer que parece imposible de conseguir, Isolda, de modo que Tristán parte de nuevo hacia Irlanda y mata allí un dragón que amenazaba la seguridad del reino. El premio por esta proeza salvadora es, nuevamente, la mujer; aunque en un encuentro privado ella descubre que tiene ante sí al caballero que mató a su tío, ante la amenaza de ser entregada a un pretendiente de mala fama, opta por no vengarse y consiente en ser entregada a Marc. Tras una reconciliación pública entre ambos reinos, Tristán la llevará al rey de Cornualles. Otra vez el prototipo es el de la conquista amorosa, solo que en este caso hay una constelación peculiar

de referencia de Friedmar Geißler, *Brautwerbung in der Weltliteratur*, Niemeyer, Halle 1955.

² Gertrude Schoepperle, *Tristan and Isolt. A Study of the Sources of the Romance*, 2.^a ed., Columbia Univ. Press, Nueva York 1960. Cf. también el artículo de Rachel Bromwich, «Some remarks on the celtic sources of *Tristan*», en *Transactions of the Honourable Society of Cymmrodorion*, 1953, págs. 32-60.

que es determinante en esta leyenda³. Tristán actúa como ayudante en la conquista de la mujer; la figura del colaborador subordinado la conocen muchos relatos de este tipo, pero en ellos el personaje de referencia es siempre el rey: el monarca puede enviar embajadores, pero es él quien, por su valía, mantiene el derecho a obtener a la princesa. Aquí, sin embargo, la historia se desarrolla desde la perspectiva del emisario, quien por su carácter de protagonista aparece también como héroe: sus victorias sobre Moroldo y el dragón lo definen como tal y, aunque el relato esté construido de manera que Tristán quede descartado como pretendiente de Isolda, esas proezas le otorgan un derecho implícito a conquistar a la mujer; el más valiente siempre logra a la más hermosa. En su condición de ayudante y miembro de la corte, Tristán entrega a Isolda al rey; como héroe, en cambio, el bebedizo de amor que ambos beben por error en la travesía (debían haberlo tomado Marc e Isolda en la noche de bodas) hace de alguna manera *justicia* y une a la mujer con quien en cierto modo también tiene derecho sobre ella.

A partir del regreso de Tristán a Cornualles, comienza una serie de episodios de tono a veces satírico y con interesantes paralelismos orientales (me refiero al poema persa de *Wīs* y *Râmîn*)⁴, que muestran por un lado la buena voluntad de Marc hacia los amantes, y por otro la presión de la corte para hacer público el adulterio y convertirlo así en deshonor hacia el rey, quien se vería obligado entonces a tomar las medidas oportunas. La sucesión de engaños y encuentros secretos de los amantes se interrumpe cuando son descubiertos y tienen que huir al bosque, donde viven una existencia marcada por las privaciones con las que deben pagar la posibilidad de vivir plenamente su pasión. Aunque Marc termina descubriéndolos, no los mata, únicamente les deja señales inequívocas del

³Hugo Kuhn, *Tristan, Nibelungenlied, Artusstruktur*, Múnich 1973 (Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Klasse 1973/5).

⁴Walter Haug, «Die Tristansage und das persische Epos *Wīs und Râmîn*», en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 54 (1973), págs. 404-423.

derecho que como rey tiene sobre ellos, abriendo así la posibilidad del retorno. El motivo de la huida al bosque también parece tener origen irlandés, aunque en las historias insulares (los *aitheda*) a los amantes les sobreviene aquí el trágico final. De regreso a la corte, Isolda supera, gracias a un engaño urdido con Tristán, una ordalía para probar su fidelidad al monarca, y recupera su condición de reina. El héroe se exilia, llega a un país extraño cuyo rey se ve amenazado por el alzamiento de sus príncipes, se pone al servicio de ese señor, vence a los rebeldes y en recompensa obtiene, otra vez, a la mujer, que también se llama Isolda. Sin embargo, Tristán deja claro que esa esposa le interesa muy poco y no consuma con ella el matrimonio. Este motivo de la duplicación de la figura femenina tiene nuevamente interesantes paralelismos orientales (la biografía del poeta Quais, recogida en el *Kitâb el Agâni* árabe del siglo X)⁵ y sirve para demostrar la diferencia sustancial entre ambas mujeres: una es amada por Tristán y la otra no. Desde su nueva residencia, Tristán viaja repetidas veces a Cornualles para reunirse con la esposa de Marc y se oculta bajo disfraces distintos que reflejan el progresivo aislamiento social en el que se enmarca este amor: peregrino, leproso, loco. Finalmente, Tristán es herido de muerte en una escaramuza y manda llamar a Isolda para que venga a curarlo. Ella abandona toda su dignidad real sin dudar un instante y se embarca para reunirse con su amado, pero cuando su nave está ya a la vista, una mentira de la otra Isolda, la esposa oficial de Tristán, hace creer a este que la reina y salvadora tantos días esperada no ha accedido a venir. El motivo de la esposa traicionada que deniega la ayuda al marido es de tradición clásico-latina (recuérdese a Oenona, la mujer de Paris), como también lo es en cierta manera la estructura biográfica de la narración (como Apolonio o Alejandro, pero también como las vidas de santos). Tristán

⁵ Samuel Singer, *Arabische und europäische Poesie im Mittelalter*, Berlín 1918 (Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften, philosophisch-historische Klasse 1918/13); véase también su posterior artículo «Arabische und europäische Poesie im Mittelalter», en su libro *Germanisch-romantisches Mittelalter*, Niehans, Zúrich/Leipzig 1935, págs. 151-169.

muere y, cuando finalmente llega hasta él, Isolda se abraza a su cadáver y fallece. Los amantes no mueren por amor (como en la ópera de Wagner), sino por la ausencia del otro.

Un relato parecido al que aquí he resumido, la *estoire*, creado según apuntan indicios diversos en el ámbito del reino anglonormando, se divulgó por el entonces centro europeo a principios de la segunda mitad del siglo XII. Aunque basándose en un antecedente irlandés muy próximo a Tristán e Isolda (el relato de *Diarmaid y Grainne*) se ha argumentado que pudo haber existido una versión anterior que habría contado la historia solo hasta la huida de los amantes al bosque, donde habrían fallecido, lo cierto es que ni hay indicios de ella ni se concibe la leyenda de Tristán e Isolda sin una de las partes más características y apreciadas por el público de la época: los encuentros entre los protagonistas después del destierro del héroe. Varios relatos breves en francés antiguo —el *lai Chievrefeuil* de María de Francia (ca. 1160-1170), las dos *Folie Tristan* (la de Oxford y la de Berna, ambas de finales del siglo XII), el episodio insertado en el *Donnei des amants* (ca. 1200), así como el *Tristan ménestrel* (de principios del siglo XIII) — y uno alemán —el *Tristan als Mönch*, de mediados del siglo XIII⁶— narran distintos viajes de Tristán a Cornualles (después de su destierro de ese país) para encontrarse en secreto con su amada, y resaltan el carácter privado de este amor así como el sacrificio que exige. A la vez, tales textos prueban la amplia difusión y el interés del público por esta materia. Otro reflejo de ello son las frecuentes alusiones a la pareja en poemas de trovadores occitanos (Bernart de Ventadorn, Raimbaut d'Aurenga, por citar solo a dos), *trouvères* franceses (Chrétien de Troyes, Châtelain de Coucy) y *Minnesänger* alemanes (Heinrich von Veldeke, Bernger von Horheim)⁷, quienes suelen escoger ese amor ejemplar para iniciar reflexiones generales o como medida de

⁶Betty C. Bushey (ed.), *Tristan als Mönch*, Kümmerle, Göppingen 1974.

⁷Volker Mertens, «Intertristanisches. Tristan-Lieder von Chrétien de Troyes, Bernger von Horheim und Heinrich von Veldeke», en *Kultureller Wandel und die Germanistik in der Bundesrepublik. Vorträge des Augsburger Germanistentages* 1991, vol. 3, ed. Johannes Janota, Niemeyer, Tubinga 1993, págs. 37-55.

comparación para la definición del propio sentimiento (con afirmaciones del tipo: «Yo te amo tanto como Tristán amó a Isolde, pero no necesité del bebedizo»).

No sabemos si esa primera historia que se divulgó era un relato escrito o de tradición oral. En todo caso, por un lado es obvio que quien la compuso tenía una visión amplia y sólida del intrincado conjunto y de sus múltiples partes, con sus paralelismos, repeticiones y contrastes internos, y por el otro parece indudable que los autores de los poemas extensos (Thomas y Béroul, Eilhart y Gottfried) se enfrentaron a una materia narrativa bastante clara, con una estructura bien definida, cuyos motivos encajaban con precisión; al mismo tiempo, sin embargo, la historia ofrecía espacio suficiente para su elaboración, incluso en cuanto al contenido. Puede observarse, por ejemplo, que los refundidores prestaron especial atención a las motivaciones que llevan de un episodio a otro, y que gozaron de un margen para modificar el número de escenas y las características de algunas de ellas, de modo que resultaba fácil imprimir en cada caso una acentuación particular a la obra, según los intereses del autor y de su público. Prueba de ello es que, en los cuatro poemas conservados, el narrador admite en algún momento que hay distintos modos de contar la historia, pero que el suyo es el verdaderamente fiable.

A pesar de esta teórica libertad, sin embargo, se constata que las obras de Eilhart y Béroul tienen semejanzas en el estilo, en la organización de algunas partes de la estructura y sobre todo en el desarrollo del tema amoroso, y que estos paralelismos las distinguen al mismo tiempo de los poemas de Thomas y Gottfried. Hasta hace poco, la crítica hablaba —respectivamente— de una *versión común* y de una *versión cortesana*, porque creía que el tratamiento menos delicado e introspectivo del amor procedía de una fase previa al desarrollo de ciertos ideales característicos de la lírica y la novela; pero hoy sabemos que ambas tendencias pertenecen a la cultura cortés de la segunda mitad del siglo XII, aunque sean manifiestamente divergentes. Es más, de hecho una mirada atenta revela que las versiones de Thomas y Gottfried vulneran las concepciones integradoras y moderadas que suelen entenderse como corte-

sanas y son —en lo que se refiere a las concepciones que exponen— mucho más osados que Eilhart o Béroul.

Ignoramos si Béroul fue la fuente en que se basó Eilhart para su refundición; existen indicios que apuntan más bien a un antecedente común para ambos. En cambio, es seguro que Gottfried se basó en Thomas, porque lo dice en su prólogo y porque se puede comprobar en los dos breves pasajes coincidentes. Así pues, para hacerse una idea de cómo el alsaciano habría podido continuar su obra, de haber tenido ocasión para ello, deberían leerse los fragmentos del de Inglaterra, del mismo modo que para imaginar el resto del poema de Béroul puede recurrirse a Eilhart, aunque en ningún modo estoy hablando de la posibilidad de reconstruir un texto con otro, pues los cuatro autores son fundamentalmente independientes. En este volumen, sin embargo, presentamos juntas las obras del poeta de Oberg y del de Estrasburgo. Esta combinación tiene antecedentes históricos, pues las dos continuaciones del poema del alsaciano que se compusieron en el siglo XIII no se basaron en el texto de Thomas, sino en el del autor sajón, de manera que en Alemania el público medieval leyó mayoritariamente a Gottfried seguido de un final similar al de Eilhart.

Para el lector moderno, la conjunción de ambas obras supone sobre todo la ventaja de tener reunidas la única versión completa de la historia (Eilhart), así como la más extensa y elaborada artísticamente (Gottfried); pero no es mi intención destacar el placer estético que puede suponer la lectura de un relato completo o bonito, según sea el caso, sino el interés que genera el hecho de que solo en estos dos textos alemanes se puede observar de forma diáfana y exhaustiva la problemática de fondo de la materia tristaniana y las dificultades y posibilidades de su tratamiento literario. Y es que no cabe duda de que el amor entre dos personajes tan contrapuestos por sus antecedentes y a la vez destinados uno a otro como son Tristán e Isolda, el adulterio continuado de la reina, la integración o exclusión de la pareja en la corte, la lealtad a pesar de la separación, el matrimonio no consumado de Tristán, la progresiva destrucción de la pareja y de las cortes en que residen, todo ello, digo, plantea cuestiones fundamentales sobre el

individuo y sus relaciones personales que no son fácilmente compatibles ni con la concepción cristiana del matrimonio, que le otorga un valor de sacramento y en consecuencia muy superior al erotismo, ni con los usos feudales de la sexualidad, para los que el amor solo es un medio de reproducción y mantenimiento del poder dinástico. La materia está estructurada de tal modo que los amantes, a la vez que sucumben progresivamente ante los impedimentos a los que se debe enfrentar su relación, arrastran consigo, destruyéndolo, todo el universo que les rodea y en el que viven ese amor. Las exigencias de dos individuos que se aman chocan frontalmente con las expectativas de orden político-feudal o religioso del colectivo. La historia de Tristán e Isolda solo puede acabar en muerte y no acepta salvación de ningún lado, de manera que el amor que describe y defiende solo puede ser entendido como antítesis paradójica, como el gran motivo por el cual la vida en este mundo, a pesar de la destrucción generalizada a la que conduce y a pesar de sus miserias, merece ser vivida. Pero es indudable que esta concepción no encajaba con todas las posiciones ideológicas del momento, ni las laicas ni las clericales⁸.

⁸ Quiero expresar mi cordial gratitud a todos los que me han ayudado en la preparación de este volumen con sus críticas o sugerencias, proporcionándome bibliografía o, sencillamente, dejándome tiempo para terminarlo: tanto a mi familia, en primer lugar, como a mis amigos, sobre todo Rafael, mi lector más fiel e *interactivo*, mis maestros, mis alumnos y el equipo editorial.

Tristán e Isolda,
de Eilhart von Oberg

Tristán e Isolda

Puesto que debo contar una historia a la gente que aquí puede verse reunida —y cuyo ruego me mueve a cumplirlo prestamente lo mejor que pueda—, desearía saber si entre el público hay alguien que prefiera prescindir de tales relatos, pues en tal caso tendré que buscarme consuelo por su presencia. Aunque no se les preste atención, esos oyentes muestran enseguida su actitud aviesa, tan contagiosa que, al cabo de poco, terminan siendo más de unos cuantos los que empiezan a hartarse. Pero la debilidad de sus corazones no les aprovechará para nada, y a la fuerza tendrán que mantener alejada de nosotros su falta de gratitud. Esa postura suya es una mezquindad que debe ser reprendida y sería justo que pagaran por ella. A todos estos oyentes los emplazo a abandonar por un rato su ruin comportamiento y a mesurarse en todo lo que en ellos es mudable. Quien estorba los relatos que son agradables de escuchar y que pueden resultar provechosos y útiles a las buenas personas tiene el entendimiento retrasado como el de un niño. Si aceptáis permanecer callados, yo os contaré —y mi deseo es proclamar aquí la pura verdad sin engaño alguno, tal y como la encontré en el libro— cómo el noble Tristán llegó a este mundo, cuál fue su fin y todas las proezas que llevó a cabo, de qué modo culminó todo lo que en vida emprendió, cómo este prudente héroe conquistó a doña Isolda y cómo ella murió por él; él murió por ella y ella por él. Ahora prestad atención a este relato.

Escuchad bien, pues voy a contaros una historia de alegrías y lamentos como jamás fue oída otra igual por hombre alguno, sobre asuntos mundanos, sobre valentía y sobre amor. Tanto mayor debe ser por eso vuestra atención.

Reinaba una vez en Cornualles un rey llamado Marc que estaba en guerra violenta contra un noble soberano del que se dice que dominaba Irlanda. El rey Marc deseaba obtener ayuda y por esta razón mandó embajadas a diversos países cercanos, de modo que muchos caballeros aguerridos acudieron solícitos en su ayuda, pues el otro soberano, en su arrogancia, ya le había atacado a menudo atravesando el mar con un poderoso ejército y con sus aliados, causándole grandes daños.

De esto se enteró un rey magnífico que acudió también con sus huestes a Tintaniol; se llamaba Rivalín y su tierra llevaba el nombre de Leonís. Oyó decir Rivalín que el rey Marc había sufrido pérdidas por doquier, de modo que se encaminó hacia allá y le sirvió con su tropa como si fuera su vasallo. Pero esto solo lo hizo porque quería obtener por esposa a la hermana del monarca. Por las proezas que realizó, consiguió yacer con ella, y la hermosa dama cobró tal amor por el rey que, cuando terminó la guerra, huyó con él. Su nombre era Blancaflor. La mujer había quedado encinta antes de iniciar el viaje, y, cuando se hubieron embarcado en el mar, sufrió tales dolores debido al embarazo que murió. Entonces le abrieron el vientre y le sacaron a su niño. El rey lo llevó a su tierra, donde le pusieron el nombre de Tristán.

Tras la muerte de la señora, se profirieron grandes llantos y se hicieron muestras de tristeza. Llevaron a tierra su cuerpo y le dieron sepultura acompañada de lamentos desconsolados. Y Rivalín, ¿acaso podría haber sentido mayor pena? Retorcía sus manos llorando amargamente y lo mismo hacían todos los que estaban con él, que rodeaban el féretro gritando y sollozando; bien demostraban que habían amado a la señora. Cuando hubieron terminado las exequias, el rey Rivalín confió su querido niño a una nodriza, quien cuidó de él y lo crió hasta el día en que supo montar a caballo. Sin más demora, el rey Rivalín puso entonces al niño bajo la tutela de un escudero llamado Curneval, quien supo educarlo bien en

todas las cosas de la corte, como también le enseñó a tañer el arpa y otros instrumentos de cuerda. Nunca antes o después recibió niño alguno una formación mejor. No olvidó instruirlo en nada que contribuyera a su fama y a su buen nombre. Pero, además, le dejaba jugar a menudo con otros niños, lo adiestró en usar hábilmente brazos y piernas, en tirar piedras, en correr y saltar, en luchar astutamente y en arrojar la lanza con fuerza y con acierto. Lo instruyó también en ser generoso, cabalgar con el escudo como un guerrero y en asestar golpes de espada en combate. Por último, el escudero le inculcó hablar con propiedad y no romper jamás la palabra dada a alguien. Le explicó que, si cometía la necedad de convertirse en un mentiroso, todo el mundo lo despreciaría; le ordenó ser fiel, renovar siempre sus virtudes y comportarse cortésmente, con prudencia y corrección. Le mandó servir a las damas alegre y solícitamente, empeñando en ello su vida y sus bienes. Le dijo también:

—Esfuérzate en mostrar siempre la debida corrección —y añadió que, cuando estuviera entre la gente, guardara en su corazón lo mejor de lo que escuchara. Le transmitió gran sabiduría y le hizo odiar toda maldad. ¿Para qué extenderse? Lo educó en la virtud y en la fama, pues él mismo era de los que prefieren realizar dos acciones buenas antes que una mala, tanto si le aprovechaba como si le traía inconvenientes. Disciplinó al niño para que hiciera lo mismo y, efectivamente, en poco tiempo este evitaba toda villanía, pues se aplicaba mucho en seguir las indicaciones de su maestro.

Curneval se encargó del niño hasta el día en que fue apto para los esfuerzos y capaz de soportar sufrimiento e incomodidades. Entonces habló al muchacho:

—Noble señor, ruega a tu padre que te permita viajar a tierras extrañas. Ya conoces bien las tuyas, que de buena voluntad están a tu servicio; ahora conviene que no dejes de descubrir otros países.

El hermoso joven fue de inmediato ante su padre a pedirse-lo de forma muy comedida.

—Padre querido —dijo—, permíteme marcharme; no me conviene esperar más. Quiero conocer tierras extrañas, pues

no sabe de mí mucha más gente de la que hay en tu corte, que toda me sirve de buena voluntad. Date cuenta de lo útil que me sería: me formaría con gentes foráneas si las frecuentara tanto para asuntos serios como para diversión. No me sabrá mal tener que asumir privaciones, si a cambio puedo conocer en mi juventud cuáles son las buenas costumbres en los reinos extranjeros. Por eso, querido padre, concédeme de buena gana lo que te he pedido y ayúdame a marcharme, pues ya hace demasiado tiempo que estoy a tu lado.

Dijo entonces el rey Rivalín:

—Con mucho gusto haré lo que desees, querido hijo mío.

Se dirigió a su administrador y le ordenó que, por el aprecio que le tenía, le proporcionara a Curneval cualquier cosa que este le solicitara. Les entregó al servidor y al muchacho todo lo que necesitaban. Curneval seleccionó en la corte a ocho escuderos y a dos donceles de gran excelencia, a quienes ordenó viajar con el joven y que fueron completamente equipados. Cargaron una acémila con oro y plata, lo que afectó muy poco a las arcas del rey. Otra acémila trajo Curneval, cargada de ropas y de joyas de diversos tipos, pues así lo quiso y ordenó. Mandó también preparar una nave con buenas cabinas y una sólida cubierta bien cerrada con tablas. Cuando todo estuvo dispuesto, el señor Tristán y los suyos pidieron licencia a Rivalín y se embarcaron. Izaron la vela para que no los errara el viento que los había de alejar de aquella tierra. Habían ordenado construir sobre cubierta una cuadra para cobijar a los caballos, para poderlos sacar nuevamente cuando llegaran a puerto y se terminara la travesía, lo que les permitiría cabalgar por tierra firme. Así esta pequeña mesnada navegó desde Leonís, cruzando el mar, hasta llegar a Cornualles, donde no se les conocía.

Cuando los extraños comenzaron a cabalgar por tierras del rey Marc, don Tristán rogó encarecidamente a todos los suyos por igual y acordó con ellos que ninguno explicaría de qué país procedían, que no lo revelarían a nadie y que mantendrían en secreto también su linaje. Él les ordenó con insistencia que, sin importar la acusación que se les pudiera hacer, todos mantuvieran silencio acerca de sus verdaderas circunstancias.

—No quiero que nadie aquí conozca mi ascendencia.

Rodeado de este secreto, don Tristán llegó hasta donde se encontraba el propio rey. Cuando se presentó ante él, fue recibido muy cordialmente por el soberano. Tristán le dio las gracias y dijo con gran cortesía:

—Señor, si me aceptarais, quisiera quedarme con vos y permanecer a vuestro servicio, pues he oído pronunciar grandes alabanzas de vuestra corte.

—Pues sed bienvenido —dijo el poderoso monarca, mandando llamar rápidamente al senescal, lo que se hizo de inmediato.

Llegado este, el rey cogió al joven y lo encomendó a su custodia. El buen señor tomó a Tristán de sus blancas manos y dispuso que todos los súbditos de la corte lo amaran en todo momento. Al senescal le ordenó que cuidara de él mejor que de los demás. En esto se probó la cortesía del señor; a mi juicio no se despreocupó de él. Este senescal gozaba del favor del monarca, pues, excepción hecha de las grandes fiestas, jamás llevaba las fuentes a la mesa. El rey se lo había concedido de buena voluntad por ser un príncipe de alta estirpe; lo había escogido para administrar su reino y para cuidar tanto de su país como de su honra. Era un barón de aquellas tierras y en su mano estaban todos los asuntos de la corte; Tinas se llamaba él, y su castillo Litán¹. Gustábale hacer siempre lo mejor y era cortés y poderoso, lo que demostró buenamente con el muchacho. Rogó a los cortesanos que fueran bondadosos con él y que quisieran protegerle de toda incomodidad, que él se lo recompensaría bien a todos. El joven alcanzó pronto gran reputación debido a su gran valía y a que jamás evitaba realizar cualquier acción digna de elogio que pudiera, no cejando por razón alguna a ninguna hora del día. De este modo, el muchacho creció con honra y con gran fama en la corte del rey Marc, hasta que a él mismo le pareció que podía ceñirse la espada.

Vivía a la sazón en Irlanda un señor llamado Moroldo que poseía la fuerza de cuatro hombres. Escuchad y prestad atención: causaba este gran espanto y había matado a muchos de sus enemigos. Su bella hermana era esposa del rey de Irlanda y estaba libre de toda tacha. Él era un guerrero imponente

que había dominado por la fuerza a todos los reinos de los alrededores, entregándoselos a su rey. No había ningún país cerca del suyo al que este paladín no hubiera doblegado hasta hacerle pagar tributo, con la única excepción de Cornualles; todos los demás reinos los había conquistado. Pero el joven rey Marc no le prestaba atención, lo cual irritaba a Moroldo, pareciéndole que sería una deshonra si no lo sometía también a él. Por esta razón, decidió invadir la tierra del rey Marc, al otro lado del océano, con un poderoso ejército con el que pretendía subyugarlo y llevar a su señor el diezmo de ese país. Para ello reunió, como es debido, a numerosos guerreros valientes. Antes de partir dijo al rey:

—Me duele mucho que Marc no te pague tributos como los demás. Para conseguirlo, o moriré o haré sollozar a muchas mujeres en todo su reino. Tendrá que enviártelo a la fuerza y con deshonra, de otro modo le acosaré de tal manera que preferirá haber sido feudatario tuyo desde hace muchos años.

En verdad os lo digo: Moroldo estaba muy embravecido. En el acto cruzó el mar, y, llegado al otro extremo, no encomendó decir a Marc otra cosa sino que le hiciera llegar el tributo por su tierra y que ya había sido suficientemente osado como para llevar más de quince años reteniéndoselo. Y mandó decirle certeramente que²:

—Si tiene a un hombre tal que se atreva a enfrentarse conmigo y que sea de tal linaje que se pueda considerar igual a mí, combatiré con él y demostraré por derecho que Marc debe pagar tributo a mi señor. Si lo rechaza, le daré otra oportunidad antes de forzarlo a abandonar su tierra: que se enfrente a mí con sus ejércitos; si logra defenderse, lo liberaré de mis demandas y seguiré mi camino. Debéis decirle también qué es lo que exijo como tributo: quiero uno de cada tres niños que hayan nacido en su tierra en los últimos quince años. Y decidle en verdad que, si no me los quiere dar, yo mismo cogeré a niños y doncellas, clérigos y seglares, pobres y ricos, sin miramiento alguno. Los jóvenes serán mis siervos privados y a las doncellas las meteré en mi prostíbulo para que de noche y de día ganen para mí mucho dinero.

Cuando el mensajero le dijo todo esto a Marc, el rey alzó

triste la mirada hacia Dios y ante Él se lamentó amargamente de la gran afrenta. Mandó a sus mensajeros cabalgar hacia los príncipes del país y en poco tiempo los hubo avisado de que acudieran a la corte para escuchar de su boca cuáles eran el apremio y el terror a los que lo había sometido Moroldo. Mientras esto ocurría, Tristán dijo a Curneval:

—Escúchame, querido maestro, pues necesito tus opiniones acerca de lo que te parece mejor en este asunto. La arrogancia de este forzado me preocupa. Si nadie se le enfrenta, yo combatiré con él. ¡Que Dios me ayude a mantener el derecho! Pero ¿cómo puedo hacerlo?

Con prudencia, Curneval dijo:

—Si mis consejos os han de servir, sin duda prefiero dároslos a vos que a cualquier otra persona. A mí me parece lo mejor que no emprendáis este combate.

—No, querido maestro, no me lo desaconsejes, pues quizás tengamos fortuna, de modo que crezca nuestra reputación y fama. Jamás lograríamos superar la afrenta si él se marchara de aquí sin que nadie se le enfrentase.

—Bien que os lo concedería —dijo su buen vasallo—, si tuviera garantías de que realmente ibais a aumentar vuestro honor. Pero ocurra lo que ocurra, como para bien o para mal sé que es esta vuestra decisión, os daré mi apoyo en lo que pueda. Dios, que hizo la noche y el día, os ayude a que se cumpla vuestro deseo. Puesto que no puedo haceros cambiar de parecer, escuchad al menos cuál es mi consejo: debéis pedir al rey que os haga caballero según su costumbre.

Este consejo agradó mucho al joven y lo llevó a la práctica de inmediato. Cogió Tristán al senescal de la mano y se presentó con él ante el rey:

—Quisiera hacerme caballero, si vos me ayudarais en ello.

—Aún es demasiado pronto. Deberías esperar todavía un año —dijo el rey.

—Señor, os garantizo que no es prematuro; estad seguro y cierto de ello. Si quiero alcanzar la fama, debo comenzar pronto y esforzarme largamente. Tengo tan gran deseo de ceñirme la espada que no cejaré en mi empeño hasta que lo consiga.

El rey ordenó conseguirle todo lo que necesitaba, y a todos

los que Tristán quiso que se ciñeran la espada junto a él les fue concedido. El futuro caballero ordenó que a su lado se entregara la espada a sesenta escuderos. Al cabo de siete días, los príncipes trajeron a palacio a muchos apuestos caballeros. Entonces Tristán entró cabalgando en la corte y con él todos los jóvenes donceles. Cuando llegaron a la sala, todos coincidieron en que él debía ser escogido como el más apuesto, y que como era cierto nadie se enojaría.

Cuando todos los principales del reino, a los que el monarca había hecho llamar, hubieron llegado, siguiendo su mandato, Marc les contó, lamentando su mala situación, lo que le habían comunicado.

—Habéis venido aquí para que conozca vuestra postura. Yo os ayudaré de la mejor manera que pueda en lo que preferáis hacer y decidáis acometer, pues no he oído jamás nueva alguna que me haya causado tanto dolor. Si hay aquí algún hombre que esté dispuesto a combatir con el forzado Moroldo, le será recompensado de tal manera que será rico para siempre.

Entonces se marcharon todos juntos a tomar consejo en privado. No se halló entre ellos a nadie que quisiera enfrentarse en combate. Al poco llegó Tristán y les preguntó por qué duraba tanto su consejo. Un príncipe le dijo:

—Ninguno de nosotros puede hallar entre todos sus vasallos a un caballero tan osado que acceda a luchar contra Moroldo, a pesar de que hay aquí muchos fuertes guerreros. Además, la táctica de este consiste en utilizar argucias cuando alguien se le enfrenta respetando las reglas, de modo que es fácil perder la vida en ello.

—Pues yo quiero confiar en mi suerte —dijo el señor Tristán—; yo me enfrentaré a él de inmediato, si permitís que sea vuestro paladín. Quizás Dios mi señor me conceda que, antes de que él me mate a mí, yo logre acallar su despecho y sea él quien termine aborreciendo el combate.

Y rogó a continuación a todos que le apoyaran en su solicitud al rey de que le concediera luchar en solitario contra el temible guerrero, asegurándoles que todos verían cómo, si el rey accedía a dejarlo combatir, él se enfrentaría a Moroldo tal y como afirmaba.

Todos se alegraron ante tales palabras, aunque sentían algo de temor al dejar un juicio de tanta trascendencia en manos de un joven. Pero acordaron que sería mejor hacerlo que callarlo y decidieron dejar la victoria en manos de la fortuna.

—Nos irá muy bien —dijo Tristán, el buen guerrero—; confío en que no podrá causarme daño. Pero no le debéis hablar a mi señor de mí precipitadamente, sino que antes deberá prometeros que dejará combatir con el fuerte adversario a quienquiera que lo solicite.

Escuchado su ruego, fueron ante el rey y le tomaron la palabra:

—Señor, hay aquí un hombre que quiere enfrentarse a Moroldo en representación nuestra si se le concede hacerlo; bien podéis otorgárselo vos.

—Todo lo que pida y esté en su derecho de pedir, le será concedido —dijo el famoso rey, preguntando quién era.

—Señor, prometédnoslo firmemente, para que él esté seguro de que, sea hombre libre o no, le dejaréis combatir —le respondió un poderoso príncipe.

—Yo le prometo formalmente que lo haré de buen grado. Podrá contar además con mi ayuda y le profesaré aprecio sincero.

Entonces no esperaron más y le dijeron de inmediato que se trataba de su amigo, don Tristán.

Los mensajeros de Moroldo objetaron enseguida que su señor no aceptaba enfrentarse a nadie que no fuese su igual. Pero eso no molestó al valeroso Tristán, que dijo a los caballeros:

—Fijaos bien en quién soy. Por su nobleza, mi madre, Blancaflor, fue libre. Mi padre se llama Rivalín. De Leonís es de donde vengo y soy el hijo de la hermana de Marc.

El rey sintió a la vez alegría y pena. Alegría por saber que aquel era hijo de su hermana; y una pena profunda porque, siendo este tan joven, ya quería cargar con un sufrimiento tan grande. Enseguida dijo el rey a su querido sobrino:

—Por deseo mío debes abstenerte de este combate y no sufrir daño alguno.

—¿Por qué?

—Te lo diré, sobrino: porque se tendría por cobardes a los que son de esta tierra. ¿Qué puede preocuparte a ti este asunto?

—Sentiría verdadera pena.

—A mí me pondrías en un aprieto.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Acaso os avergonzáis por mi culpa?

—Sí.

—Aquí en vuestra tierra el asunto no puede causaros deshonra.

—Tampoco es asunto tuyo.

—Señor, no voy a excusarme de hacerlo.

—Bien puedes hacerlo.

—No, no puedo.

—¡Ay del día en que te ceñí la espada!

—¿Acaso lo lamentáis?

—Por mi fe que sí.

—¿Por qué?

—Porque yo te ordené caballero.

—En efecto, lo hicisteis.

—Y lo volvería a hacer, como ordeno ahora que abandones el combate.

—¡No, por cierto, no lo haré, me ocurra lo que me ocurra! —así habló el buen caballero, con total determinación de no hacerlo. Por mucho que se le rogó, no hubo nada que hacer. Ante una negativa tan firme, el rey enfureció, le miró irritado y dijo públicamente:

—¡En verdad que no lucharás!

Ante estas palabras, el héroe, decidido, recordó al soberano lo que había prometido a sus allegados, que él solo se enfrentaría a Moroldo. También se lo recordó muy seriamente al príncipe que había recibido la promesa, de modo que se hizo lo que deseaba y se le otorgó el combate.

—Resulta curioso —dijo entonces el rey a su sobrino— que quieras perder aquí tu vida sin saber por qué.

—Y si me mata, ¿qué más da? De todos modos voy a morir o a conquistar la fama.

—Pero podrías conservar la vida.

—Aunque supiera con certeza que me iba a dar muerte, aun así preferiría sufrirla que dejarle ver cómo se le concede el favor de que nadie se atreva a hacerle frente.